

¿POR QUÉ LEER A SERGIO BAGÚ HOY?

Matías Fernando Giletta

81



¿POR QUÉ LEER A SERGIO BAGÚ HOY?

Matías Fernando Giletta¹⁹

Sergio Bagú (1911-2002), como lo afirman muchos estudiosos y estudiosas de sus trabajos en países como México y Argentina (Turner y Acevedo, 2005; Giletta, 2013), es un clásico de la teoría social. Entonces, la pregunta que cabe hacerse es: ¿por qué puede considerarse a Bagú un clásico de la teoría social? Y por consiguiente, ¿por qué deberían estudiarse más sus trabajos y sus investigaciones, sobre todo en las carreras de ciencias sociales, incluyendo las carreras de historia, de sociología, de ciencia política, entre otras? ¿Qué criterios de análisis nos ofrece Bagú para intentar comprender procesos actuales? ¿Cuáles son los elementos de sus investigaciones y de su enfoque que tienen vigencia para problematizar la realidad actual de Argentina, de América Latina, del mundo?

Comencemos con una apretadísima referencia de su biografía. Bagú nació en Buenos Aires en 1911. Participó en la segunda generación del reformismo universitario, siendo estudiante de Derecho (carrera que no concluyó). En este período, de entreguerras, formó parte de grupos y editoriales de izquierda, militando en las filas del antifascismo y en el socialismo, publicando en editoriales como Claridad y en la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, la “universidad en las sombras” fundada por Aníbal Ponce, entre otros, en 1930, como refugio de los y las intelectuales expulsados de las universidades por motivos ideológicos. En esta época, publicó sus primeros libros: estudios sobre Almafuerie y sobre la vida de José Ingenieros y de Mariano Moreno, tres figuras de la cultura y la política argentinas de gran influencia en sectores juveniles de la época. Desde 1943 a 1955 reside en Estados Unidos. Al calor de las frondosas bibliotecas y archivos de sus universidades, en Bagú despierta allí su interés por el estudio de los problemas latinoamericanos.

Desde 1955 a 1966 participa activamente en el proceso de renovación universitaria, sobre todo como docente en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, donde dicta sociología económica. Renuncia en 1966 luego de la intervención impuesta por la dictadura autollamada “Revolución argentina”, emprendiendo en países sudamericanos, como Venezuela, una “docencia itinerante”, según la expresión de la historiadora mexicana Norma de los Ríos. Desde 1970 a 1973 reside en Santiago de Chile, durante los años del gobierno de Allende y la Unidad Popular, formando parte de Flacso en dos de sus instituciones académicas: la Escuela Latinoamericana de Sociología y el Instituto Coordinador de Investigaciones Sociales. Luego del golpe perpetrado por Pinochet, y después de un breve paso por Argentina, Bagú emprende otro de sus exilios con destino a México DF., donde permanecerá hasta su fallecimiento en 2002, desempeñándose como profesor e investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, institución fundada por el sociólogo Pablo González Casanova.

¹⁹ Instituto Académico-Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María.



Bagú, hace ya varias décadas, practicó algo que hoy muchas veces se declama pero no siempre se practica: la interdisciplina, a pesar de no tener un título universitario, sin considerar aquí el Doctorado *Honoris Causa* que le confirió la Universidad de Buenos Aires poco antes de su fallecimiento. En su enfoque, en su “marco teórico”, que se basaba en el pensamiento marxista y en una fuerte influencia de la escuela histórica de *Annales* (en particular, del pensamiento de Marc Bloch), y en sus investigaciones, encontramos conceptos de la sociología, de la historiografía, de la economía, de la demografía, incluso incursionó en la política y las relaciones internacionales, cuando escribió su libro *Argentina en el mundo*. También se lo puede incluir a Bagú dentro de la sociología histórica latinoamericana. En su mirada, la hibridación de disciplinas se explicaba por la complejidad y la multidimensionalidad de la realidad social que estudiaba. Adentrándonos en aspectos más específicos de su pensamiento social y de su obra, sin olvidar que los trabajos de Bagú abordaron un conjunto muy diverso de temáticas -desde las biografías de Almafuerte, José Ingenieros y Mariano Moreno de su juventud, hasta sus estudios relacionados con la “idea de Dios en la sociedad de los hombres”, pasando por sus estudios ya clásicos sobre la sociedad colonial latinoamericana y su investigación sobre la estratificación social en la Argentina, la cual puede pensarse que complementa el estudio clásico de Germani sobre la materia- en sus investigaciones podemos observar algunos intereses intelectuales muy sobresalientes: la originalidad teórica, la realidad latinoamericana y las desigualdades sociales.

Bagú escribió sobre teoría social, sobre aspectos básicos de la realidad social y de su conocimiento, en un libro publicado en 1970 (el famoso *Tiempo, realidad social y conocimiento*, reeditado muchísimas veces) en cuya primera página, explícitamente, plantea que en América Latina los y las intelectuales deben dejar de limitarse a traducir teorías ajenas y, en cambio, deben producir las suyas propias. Deben, en sus palabras, “conquistar su derecho a la propia opinión, respetuosa de los antecedentes pero liberada de toda reverencia inhibitoria” (1999: 1). Este acento en la originalidad teórica, sobre todo atendiendo a las condiciones específicas en cuyo contexto trabajan y viven los y las intelectuales, está presente también en otros trabajos de Bagú: en su folleto sobre los intelectuales, donde alienta el “derecho a la heterodoxia” y la batalla contra todo dogmatismo en el plano cultural e intelectual (1959), y en su trabajo sobre las ideas centrales de Marx y Engels, donde formula e interpreta a las mismas con autonomía y originalidad, contra interpretaciones rudimentarias como la del manualismo estalinista (1977). Esos principios o valores (la originalidad, la creatividad, el pensamiento crítico, contra todo dogmatismo) son perennes y siguen teniendo vigencia actualmente, quizás hoy más que en 1970, considerando la pérdida de originalidad y creatividad que hubo en el pensamiento social latinoamericano desde los años sesenta y setenta hasta la actualidad, como lo afirma Waldo Ansaldi, quien por otra parte ha hecho mucho por promover el estudio de los trabajos de Bagú.

Como ya comentamos, Bagú incursiona en los estudios latinoamericanos cuando publica sus dos trabajos sobre la sociedad colonial latinoamericana: *Economía de la sociedad colonial* (1949) y *Estructura social de la colonia* (1952)²⁰, ambos subtitulados *Ensayos de historia comparada de América Latina*. En estas

²⁰ También tuvo el proyecto de investigar la cultura y la vida cotidiana en la colonia, pero no llegó a concretarlo.



investigaciones, afirma centralmente lo siguiente: la economía y la sociedad de la colonia latinoamericana (es decir, de América Latina bajo el dominio imperial español y portugués) no fue feudal, sino capitalista. Estrictamente, fue un tipo de capitalismo específico (“históricamente específico”, como diríamos en lenguaje marxista): fue *capitalismo colonial*.

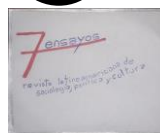
Una de las características de este “tipo organizativo”, como decía Bagú, es que combina diferentes modos de producción (feudal, esclavista, capitalista) pero el capitalista es el modo dominante, centrado en la extracción de materias primas y minerales para su exportación a los mercados europeos. Hay un punto crucial: *el capitalismo colonial latinoamericano fue esclavista*, nutriéndose sobre todo de esclavos y esclavas provenientes de África, quienes en la estructura social de la colonia vivían en condiciones aún peores que las de los y las indígenas. Ese capitalismo colonial latinoamericano, según Bagú, jugó un papel clave en el orden mundial como proveedor de materias primas y minerales que, a la postre, serían decisivos para favorecer la revolución industrial en Europa occidental. En conclusión: la sociedad colonial latinoamericana significó históricamente la primera inserción del subcontinente en el sistema mundial capitalista desde una posición dependiente y subordinada a las metrópolis y los mercados europeos²¹.

Los debates acerca de la índole feudal o capitalista de la sociedad colonial latinoamericana, cuando se publicaron estos trabajos, no eran una mera competencia de erudición histórica: eran fundamentalmente una disputa *política* entre militantes y simpatizantes de izquierda. Lo que estaba en juego era la estrategia que los partidos y los movimientos marxistas debían adoptar en ese contexto: básicamente, si era o no oportuna una estrategia revolucionaria anti-capitalista y socialista. Inspirados en una visión etapista y lineal de la historia supuestamente inspirada en el marxismo, intelectuales cercanos al Partido Comunista como Rodolfo Puiggrós partían del “diagnóstico feudal”, usando los términos del historiador José Carlos Chiaramonte (1984), llegando a la conclusión de que lo prioritario, en ese momento, era terminar con los resabios feudales en las sociedades latinoamericanas, como el latifundismo, lo cual obstaculizaba el desarrollo capitalista en la región, sin cuya maduración —es decir: sin la maduración de sus contradicciones sociales— es irrealizable la revolución socialista.

En ese debate, otros intelectuales socialistas, como Bagú y luego Gunder Frank, sostuvieron que América Latina era capitalista, capitalista colonial, desde el momento en que fue conquistada por los imperios español y portugués y se la subordinó al capitalismo mercantil de las metrópolis europeas; por consiguiente, la lucha que había que dar desde la izquierda era contra el capitalismo, no contra el feudalismo. Desde esta óptica, la desigualdad social extrema, la dependencia, el autoritarismo, las múltiples formas de explotación social, el analfabetismo, ninguna de esas características seculares de América Latina era atribuible al feudalismo sino al capitalismo, tanto al capitalismo como sistema mundial como al tipo específico y *sui generis* de capitalismo que hay en América Latina: el capitalismo colonial.

En otro frente ideológico, estos trabajos de Bagú, apoyados en una concepción histórica no lineal,

²¹ Esta conclusión explica que pueda considerarse a Bagú como uno de los precursores de las teorías de la dependencia, una de las expresiones teóricas más originales de América Latina producto de ese escenario tan creativo en el plano cultural y político como fueron los años sesentas del siglo veinte (particularmente, André Gunder Frank fue influido por el trabajo de Sergio Bagú). Véase el trabajo de Diego Giller (2014) sobre esa corriente de pensamiento social latinoamericano.



pensando la historia como “hecha de posibilidades, no de fatalidades”, como decía Bagú, también se distanciaban de las teorías de la modernización que, en esos años, consideraban que los países, para modernizarse y desarrollarse, debían recorrer una serie de “etapas del crecimiento económico”, como decía Rostow (autor, en 1960, de un “manifiesto no comunista” que llevaba por título, precisamente, *Las etapas del crecimiento económico*). Esas etapas, que supuestamente eran las que habían recorrido los países entonces desarrollados industrial y tecnológicamente, se suponía que abrían las puertas de la modernización y del desarrollo, contra la tradición y el arcaísmo típicos de las sociedades subdesarrolladas. Este esquema, además, no tenía en cuenta las relaciones de dependencia entre los países y regiones, así como las relaciones de fuerza entre las clases sociales al interior de cada país, todo lo cual explica el hecho de que existan sociedades subdesarrolladas y dependientes, por un lado, y por otro, países desarrollados y avanzados en materia económica, tecnológica y cultural, mucho más que el esquema etapista de la “modernización”.

El mismo Bagú impartió cursos, junto con Humberto Gussoni, sobre el papel de la cultura y la educación en la situación de dependencia y subdesarrollo de las sociedades latinoamericanas de entonces (1967), donde emplean conceptos como “colonización cultural”. Por tal entienden “la convicción, en un individuo que vive en un país sometido económica o políticamente, de que la posibilidad de creación cultural en su país no existe y que lo mejor que puede hacer su país es importar técnicas y modos de pensar y hacer de países supuestamente superiores en el terreno de la cultura.” (1967: 49-50). Así, la colonización cultural implica una posición de subordinación y dependencia en la *división internacional del trabajo cultural*, según Bagú y Gussoni.

La organización económica del capitalismo colonial latinoamericano engendró una estructura de clases sociales fundamentalmente dividida en tres: clases *poseedoras*, que eran las dominantes (como los encomenderos y los terratenientes), las clases *medias* (como los pequeños comerciantes, profesionales, funcionarios de rango medio de la administración colonial) y las clases *desposeídas* (como los indígenas y los esclavos). Cada una de esas clases sociales desempeñaba funciones específicas en la producción; quienes estaban fuera de ella pertenecían a una de dos clases “marginales” (si bien una era privilegiada y la otra no): la clase *improductiva* (como los funcionarios de la Iglesia, que siendo improductivos vivían parasitariamente) y la clase *no incorporada a la economía colonial*, como los y las indígenas que lograron vivir en comunidades al margen de la sociedad colonial. Éstas fueron las clases sociales de la sociedad colonial, configuradoras de una estratificación social profundamente desigual e inmóvil, un sistema de clases con la mentalidad de un sistema de castas.

Otra característica de la sociedad colonial, en relación con la política, la sociedad y el poder, es que si bien el elemento central diferenciador de las clases sociales de la colonia era económico (más específicamente: la propiedad de los medios de producción), no obstante las diferencias *étnicas* se superponían a las diferencias económicas y sociales, conformando una pirámide cuya cúspide estaba ocupada por los blancos de origen peninsular y cuya base estaba ocupada por indígenas y esclavos africanos. En los estratos intermedios estaban las mezclas étnicas. En la colonia, las diferencias y jerarquías étnicas no estaban



disociadas de las diferencias y jerarquías sociales, económicas y políticas. Nuevamente: la cultura de las castas se superponía a las clases sociales en una sociedad profundamente desigual.

Un aspecto central que Bagú subraya, y que tiene total vigencia, es que en la sociedad colonial los conflictos de clase eran una constante, así como la respuesta violenta de las clases dominantes para reprimir todo atisbo de rebelión. Esos conflictos y la oposición de resistencia por parte de grupos oprimidos no fueron aislados: fueron mucho más numerosos y cotidianos de lo que podemos creer actualmente, aunque la historiografía haya rescatado sobre todo algunos de ellos; la violencia con que las clases dominantes pretendían conservar el *statu quo* llegaba a niveles extremos, algo que, según Bagú, caracteriza a toda sociedad colonial. No debemos olvidar que Bagú escribió estas ideas en momentos en que aún existían muchas sociedades subyugadas por imperios coloniales, que aún no se habían independizado. En estas contribuciones podemos encontrar una *teoría de la sociedad colonial* aplicable, en determinada medida, al estudio de otras experiencias coloniales y neo-coloniales en el mundo.

En la actualidad, observamos procesos de reprimarización que están transitando muchos países de América Latina, incluida la Argentina, en el contexto de lo que Maristella Svampa llama el “consenso de los *commodities*” (2013) y la expansión del extractivismo: muchos países de América Latina, en la actualidad, tienen la extracción y exportación de materias primas con escaso valor agregado como principal fuente de divisas, lo que está lejos de revertirse en la actual coyuntura de pandemia global y lo que parece muy difícil que se modifique en un escenario “pospandemia” -aunque no imposible, desde luego-. También advertimos nuevas formas de dependencia entre países y regiones generadas por el hecho de que algunos países *producen* tecnologías avanzadas y otros se limitan a *usarlas* en medida variable; la situación de América Latina en este escenario es de debilidad, según la caracteriza el autor (Salama, 2018). Entre otros indicadores de esa dependencia, están los desiguales niveles de inversión en investigación y desarrollo emprendidos por los países: mientras que los países de la OCDE invertían 2,33 % del PBI en 2008, los de América Latina y el Caribe lo hacían con un 0,63 % en promedio (OCDE-Cepal, 2012). En el mismo año, Corea del Sur e Israel invertían 4,3 % del PBI en investigación y desarrollo. Por otro lado, la desigualdad social, y en particular la desigualdad en relación con la distribución de la riqueza, posicionan a América Latina actualmente como una de las regiones más desiguales, lo que es previsible que se profundice en el actual contexto de pandemia, según informes como el de CEPAL (mayo de 2020). En la situación actual, a la que aludimos en el párrafo precedente, los trabajos de Bagú sobre el capitalismo colonial latinoamericano adquieren relevancia en un sentido histórico, estructural y político. Son un estudio de un capítulo importante de la historia de la dependencia del subcontinente en el capitalismo mundial, dependencia que en la actual división internacional del trabajo (con sus desigualdades nacionales y regionales en términos tecnológicos, productivos, industriales, culturales, educativos, entre otras) continúa vigente aunque pueda haber adquirido nuevas modalidades.

Como conclusión, cabe resaltar un rasgo distintivo de Bagú, de “don Sergio” (como lo llamaban afectuosamente en México): a pesar de haber dedicado la mayor parte de su vida a la investigación científica de la dependencia, el subdesarrollo y las desigualdades sociales de América Latina, desde su



período capitalista colonial, nunca dejó de pensar que esas situaciones podían ser transformadas, nunca las creyó inevitables; nunca creyó que los padecimientos que sufren muchísimos y muchísimas habitantes de la región en sus vidas cotidianas se deben a un destino fatal o a designios de dioses (o estructuras) omnipotentes contra lo cual sería infructuosa toda lucha, colectiva, organizada, imaginativa. Nunca dejó de creer que la historia está hecha de posibilidades, no de fatalidades, como ya comentamos.

Siguió creyendo hasta sus últimos días en la capacidad de las personas, actuando colectivamente, para transformar sus condiciones de existencia y enfrentar grandes adversidades, como lo atestigua su último libro publicado en 1997, *Catástrofe política y teoría social*, donde evoca el potencial creador de las multitudes anónimas puesto de manifiesto en situaciones históricas de catástrofes y crisis profundas, como en guerras y desastres ambientales. En los dos últimos párrafos de este su último libro, dice como síntesis, reivindicando la utopía en años en que se hablaba del supuesto “fin de las ideologías” y de la “aldea global” como producto de la globalización capitalista:

interpretar la catástrofe como el germen de la reconstrucción no es reivindicar la utopía como pauta de reflexión (aunque es justo devolver a la utopía su valor en el universo de la creación de ideas). En algunas de las coyunturas analizadas aquí, el germen de la reconstrucción se produce por la gran movilización de recursos humanos y materiales para enfrentar el peligro; en otra, el sistema en crisis deja núcleos organizativos importantes. En todos los casos la humanidad ha podido —y puede— escalar nuevas alturas a partir de situaciones extremadamente críticas. No debe haber ya reconstrucción consolidada si no se asienta sobre principios, programas y objetivos que se concilien ampliamente con las necesidades de las comunidades humanas y que respeten los valores esenciales del individuo. Una de las condiciones básicas deberá ser el respeto por el universo cultural y una ancha vía de desarrollo en las ciencias de la personalidad y de la sociedad humanas. Ineludible objetivo es alcanzar un nivel social de bienestar y justicia para las grandes masas humanas que permita decir que la utopía puede alguna vez transformarse en realidad (Bagú, 1997: 155).

La coyuntura actual, en 2020, está atravesada por una pandemia global que agravó y transparentó problemas preexistentes en las sociedades de América Latina, como la pobreza y la indigencia padecidas por masas de seres humanos, las condiciones de trabajo precarias en que se encuentran millones de personas, la desigualdad social en sus múltiples expresiones, la concentración de la riqueza hasta extremos inaceptables e injustificables, los profundos problemas de los sistemas sanitarios y de la vida en las grandes ciudades (sobre todo, de ciertos sectores de esas poblaciones), entre muchísimos otros. Esta coyuntura nos interpela a imaginar y crear nuevas relaciones sociales, más humanas, más igualitarias, más democráticas. En este contexto, la lectura de los trabajos de Sergio Bagú es sin duda pertinente y necesaria: nos proporciona herramientas para comprender mejor el presente (como resultado de procesos históricos que no fueron fatalidades inevitables) e imaginar un futuro mejor.



Referencias bibliográficas

- Bagú, S. (1959). *Acusación y defensa del intelectual*. Buenos Aires: Editorial Perrot
- Bagú, S. y Gussoni, H. (1967). *El desarrollo cultural en la liberación de América Latina*. Montevideo: Biblioteca de cultura universitaria.
- Bagú, S. (1977). *Marx- Engels. Diez conceptos fundamentales en proyección histórica*. México: Editorial Nuestro Tiempo
- Bagú, S. (1997). *Catástrofe política y teoría social*. México: Siglo Veintiuno editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.
- Bagú, S. (1999). *Tiempo, realidad social y conocimiento (1970)* México: Siglo Veintiuno editores.
- CEPAL. (2020). *El desafío social en tiempos del Covid-19. Informe especial Covid-19*, 3, 12 de mayo de 2020. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45527-desafio-social-tiempos-covid-19>
- Chiaramonte, J. C. (1984) *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. México: Grijalbo.
- Gilletta, M. (2013). *Sergio Bagú. Historia y sociedad en América Latina. Una biografía intelectual*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Giller, D. (2014) ¿“Teoría de la dependencia”? Orígenes y discusiones en torno de una categoría problemática. *Revista del CCC*, 21 (8). Recuperado de <https://www.centrocultural.coop/revista/21/teoria-de-la-dependencia-origenes-y-discusiones-en-torno-de-una-categoria-problematica>
- Salama, P. (2018). Nuevas tecnologías: ¿bipolarización de empleos e ingresos del trabajo? *Revista Problemas del Desarrollo*, 195 (49), 3-25.
- Svampa, M. (2013). “Consenso de los Commodities” y lenguajes de valoración en América Latina. *Nueva Sociedad*, 244. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/>
- Turner, J.; y Acevedo, G. (2005). *Sergio Bagú. Un clásico de la teoría social latinoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Plaza y Valdés Editores.

